

LAS COSAS QUE NO HICIMOS

IGNACIO HORMIGO DE LA PUERTA

65

—

2025

3

Las cosas que no hicimos

*Imprime: Publicidad El Castillo
C/ 9 de junio de 1910, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com
www.publicidadelcastillo.com*

Depósito legal: CO-918-2025

Miembros del Jurado
Segundo Premio de Relato Corto 2025
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

Antonio Martos Muñoz
Isabel Lobato Padilla
Dionisia Llamas Marín
Antonio Jesús Aguilar Guerrero
Paloma Ocaña Morales

La memoria es un lienzo donde pintamos la vida.

MILAN KUNDERA,

La insoportable levedad del ser.

Hay tantas horas en la noche, María, tantos minutos que llenar y tan difícil encontrar alguna cosa con la que merezca realmente la pena hacerlo. Cuando hace unos meses empecé a sufrir de insomnio, lo intenté con todo, ¿te acuerdas?

Primero fue la televisión. A eso de las doce, tú te despedías de mí con un beso y te ibas a la cama. Yo me quedaba echado en el sofá, con el mando a distancia en la mano, saltando de reposiciones de series de los ochenta a teletiempos en las que

vendían bisutería de mal gusto y unos cuchillos afiladísimos con los que se empeñaban en cortar las cosas más absurdas. A los pocos días de seguir esa rutina, comencé a notar que la luz que emanaba de la pantalla en el salón a oscuras me hacía mal. Se me metía por los ojos y se me agarraba a las paredes del cráneo como un moho tóxico que me mustiaba el cerebro, dejándome sumido en un estupor rayano en la imbecilidad. Decidí entonces alejarme del televisor y probar suerte con la lectura.

Los libros, mis fieles aliados desde la infancia y que tan buen refugio del tedio resultaban ser en las horas del día, no pudieron ayudarme durante la noche. No importaba lo primorosamente escritos que estuvieran sus párrafos o lo apasionantes que resultaran las historias que trataban de contarme, tras una o dos horas de ir juntando letras con los ojos, las palabras comenzaban a rebelarse, a mezclarse las unas con las otras hasta transformarse en

un galimatías del que no había manera de extraer sentido. Muy a mi pesar, pues siempre consideré la lectura una prolongación gozosa de mi propia vida, no tuve más remedio que darme también por vencido con ellos.

Luego vinieron las pastillas que, llevado por la desesperación, le pedí a Julio que me recetara. Siempre me he sentido afortunado de tener un hermano médico, de poder contar con alguien de confianza que dispusiera de los conocimientos necesarios para identificar el mal y suministrar el remedio justo que lo erradicara. Pensé que, como en tantas otras ocasiones, el bueno de Julio se convertiría en mi salvador. Me equivocaba. Las probé de todas las clases y de todos los colores; blancas, azules, rojas... En el mejor de los casos, conseguían cerrarme los ojos tres o cuatro horas, pero me agriaban los sueños de una manera tan espantosa, poblándolos de pesadillas e imágenes grotescas, que llegué a la conclusión de

que resultaba preferible no dormir en absoluto a hacerlo de una forma tan ruin.

Cuando el suplicio hacía ya semanas que se prolongaba y pensaba que iba a volverme loco, encontré la solución. He desarrollado un método, María, una manera de matar las horas de vigilia nocturna antes de que sean ellas las que logren acabar conmigo. Cada noche, espero a que te duermas, me siento a tu lado en la cama, reposo la espalda en el cabecero y enciendo la lámpara de mi mesilla. Su luz tenue es la justa para que pueda distinguir el perfil de tu rostro en la penumbra sin llegar a desvelarte. Entonces te miro dormir y recuerdo nuestro pasado.

Digo que es nuestro pasado lo que recuerdo, pero no es del todo cierto. No son las cosas que hemos vivido juntos las que recuerdo, esas a las que llamamos pasado, pero que se parecen más a una comida recalentada en el microondas o a un chicle que hace mucho que perdió el sabor, pero que seguimos masticando, más

por costumbre que porque nos reporte algún placer hacerlo. Lo intenté primero con ese pasado nuestro y me di cuenta de que no me servía para llenar con él las noches. Si me daba por recordar las malas rachas por las que alguna vez pasamos, como les ocurre a todas las parejas, mi mente acababa yendo a parar pronto a la tristeza, al arrepentimiento o al reproche. Si, por el contrario, decidía volver a alguno de los momentos luminosos que, afortunadamente, han abundado en nuestro años juntos, me embargaba la nostalgia, ese sentimiento que siempre quise evitar porque se me antojaba una forma de muerte, aunque se tratara de una muerte almibarada.

Es por todo esto que te cuento que decidí probar algo distinto y comencé a inventar un pasado alternativo para nosotros, María. Un pasado recién inaugurado, libre de la esclavitud que supone el tener que ceñirse a la realidad, a la inflexible dictadura de los hechos. Quería

que ese pasado fuera como el olor a nuevo de un cuaderno que se abre por primera vez, como un enorme lienzo en blanco recién tensado sobre el bastidor, una superficie vastísima donde poder plasmar a mi antojo un mundo de posibilidades que compartir contigo. Son las cosas que no hicimos las que recuerdo por las noches mientras duermes.

Rememorar hechos que no se han vivido es más una forma de artesanía que de arte. Hay más de tejedor de alfombras que de escritor o de pintor en este oficio de hacer recuerdos con el que entretengo las horas de insomnio. Si quiere tener éxito en su empeño, un hacedor de recuerdos no tiene más remedio que conducirse como lo haría un orfebre de lo intangible. Ha de ser extremadamente cuidadoso en cada uno de sus gestos, poner lo mejor de sí en lo que hace, prestar atención hasta a los detalles más ínfimos para que las hebras que conforman el recuerdo tengan la

tensión justa y ocupen el lugar exacto que les corresponde dentro de la urdimbre.

Hasta que aprendí los rudimentos del oficio, los recuerdos que fabricaba no eran dignos de llevar ese nombre. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, se me acababan deshilachando siempre por los bordes y el amanecer me sorprendía bregando con la frustración, con un montón de harapos inservibles amontonados sobre el regazo. Ahora ya no me ocurre. Todas estas noches de práctica me han enseñado a confeccionar unos recuerdos magníficos, de una solidez envidiable, a prueba de olvidos. Puedo hacerlos tan bien que, aunque te lo propusieras, no serías capaz de distinguirlos de los reales.

Anoche, sin ir más lejos, pasé horas recordando a aquella hija que nunca tuvimos. La recordé exactamente como jamás fue, con ojos verde musgo y un pelo negro y brillante que le olía siempre a champú de camomila. Recordé la

desenvoltura con la que saltaba a la comba, sin esfuerzo aparente, cuánto le gustaba atiborrarse de moras cada primavera y su costumbre de morderse un mechón de pelo cuando algo la ponía nerviosa. Recordé, sobre todo, su manera de reír, con esa sonrisa, tan de nuestra hija, en la que uno de los incisivos superiores se monta un poco sobre el otro, apenas lo justo para que, sin llegar a afeársela, no alcance a ser una sonrisa perfecta. Adjudicarle una sonrisa impecable a nuestra hija hubiera sido un error de principiante y, modestia aparte, yo hace tiempo que dejé de serlo.

Cuando empecé con esto de inventarnos recuerdos por las noches, me percaté enseguida de que si todo era ideal en ellos, adquirirían una cualidad plástica que me repelía, un brillo impostado que hacía que a la legua se viera que eran falsos. Por paradójico que resulte, son las imperfecciones las que hacen que un recuerdo sea perfecto. En cuanto me di

cuenta, empecé a salpicar mis creaciones de pequeñas taras que las hicieran ganar en autenticidad; un desconchón en la pared de la villa con vistas al mar en la que no vivimos, una abolladura en el capó de la autocaravana que nunca llegamos a conducir, una nota falsa, tan solo una, en aquella suite de Bach del concierto de Pau Casals en el Carnegie Hall al que nacimos demasiado tarde para asistir...

Con María hice lo mismo —porque recordé María a nuestra hija, precisamente yo, que siempre miré con desconfianza a los padres que buscaban perpetuarse poniendo sus nombres a sus vástagos, y ya me ves, a la primera ocasión que se me presenta de bautizar a una, voy y le pongo el tuyo—, la fui adornando de virtudes, pero no me olvidé de atribuirle algunos defectos. Así, al recordarla como la recordé anoche, sentada en la arena de la playa con un bañador amarillo con un estampado de cigüeñas, jugando con un cubo y una pala mientras tú le hacías dos trenzas, el amor

que experimentaba al hacerlo era en todo igual al que se siente cuando se recuerda a una hija de carne y hueso.

Esta noche, sin embargo, no invito a nuestra hija a mi recuerdo. Prefiero pecar de egoísta y que esto que ahora tejo con los dedos de la imaginación sea algo más íntimo, solo para nosotros dos. En estos instantes, mientras te miro dormir con un sueño profundo y escucho la cadencia de tu respiración, recuerdo el viaje a Corfú que siempre quisimos hacer y nunca hicimos. Me salto el engorroso trámite de hacer las maletas y la larga espera en el aeropuerto y paso directamente a recordar la emoción que sentimos al ver la isla desde la ventanilla del avión. Las playas de arena blanca y la pureza irreal del azul del Jónico, la sensación, tan infrecuente en la vida, de ver que un sueño se cumple y que nada en él nos decepciona.

Ya en Corfú, te recuerdo radiante, vestida con una falda ancha y una camisa blanca con las mangas remangadas.

Aunque nunca colgaron en tu armario, me resultan familiares porque se las vi a Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*. Yo no tengo la percha de Gregory Peck, pero en mi recuerdo hago lo que buenamente puedo para no desentonar al lado de la belleza que me acompaña. Tenemos en este recuerdo un par de décadas menos que ahora. No somos jóvenes, pero tampoco llegamos a tener una edad que nos haga añorar serlo. Hemos vivido lo suficiente para saber valorar en su justa medida la suerte que tenemos de poder compartir estos momentos. Cada vez que giras la cabeza y el sol te deslumbra, las arrugas que se te forman en torno a los ojos te favorecen, le dan una pátina de madurez a tu atractivo que hace que no pueda dejar de mirarte.

De Corfú recuerdo cada uno de los días, quizá los más felices que no hemos tenido nunca. El bullicio de los mercados callejeros, los puestos de pescado, de artesanía, de frutas, de aceitunas de cien

variedades distintas. Recuerdo la visita a los jardines del palacio Achilleion, por los que tantas veces arrastraría sus vestidos de seda y su desdicha la emperatriz Sissí. Recuerdo las horas muertas en la playa, con un libro abierto entre las manos y el rumor manso del mar en su eterno vaivén, la enorme dicha de constatar que el tiempo había decidido detenerse para nosotros en un momento sublime.

Recuerdo con especial cariño el restaurante al que fuimos a cenar nuestra última noche en la isla. El patio con apenas media docena de mesas, los manteles de lino immaculados y las velas encendidas, la buganvilla trepando por las paredes encaladas y una salamanquesa apostada al lado de un farol, dándose un festín de mosquitos. Recuerdo que comentamos entre risas la asimetría del bigotito del camarero, el lado izquierdo ostensiblemente más largo que el derecho, el sabor de las hojas de parra rellenas de arroz, de las verduras en su punto justo y de los

higos con miel flotando en el yogur. Pongo mucho cuidado, sin embargo, en no recordar el nombre del restaurante. Quiero que esto me salga especialmente bien, y no hay recuerdo que se precie que no lleve aparejado sus olvidos.

Después de la cena, ya de madrugada, nos recuerdo subiendo hasta la pensión por estrechas calles de adoquines. Caminas delante de mí, te has quitado los zapatos de tacón y los veo balancearse en dos dedos de tu mano. Ebrios a partes iguales de resina y de felicidad compartida, nos reímos a carcajadas por las cosas más nimias. A pesar de la pendiente, subimos con una sensación de liviandad, como si nada en este mundo nos pesara.

De lo que ocurre una vez que llegamos y cerramos la puerta del cuarto a nuestras espaldas, no te voy a contar nada, María. Prefiero dejar mi relato en este punto para que si alguna vez decides unirte a mí en esta manía de inventarnos un

pasado alternativo, puedas crear a tu gusto esa parte del recuerdo.

El sol ya sale y han apagado las farolas en la calle. Junto a los primeros rayos del día, por la ventana entreabierta se cuele la algazara de los pájaros que despiertan en los árboles del parque y el acompasado rascar en la acera de la escoba de un barrendero. Abres los ojos y me miras. Tu voz me llega como mojada de rocío, cubierta por un velo de bruma, más del lado de Morfeo todavía que de este otro, donde yo hace horas que te espero.

—He soñado con una isla blanca en medio de un mar azul —me dices.

Te sonrío y me tumbo a tu lado. Abrazado a la tibieza de tu cuerpo con la misma fe con la que un descreído se abraza a la única certeza que conoce, cierro los ojos y me dejo hundir despacio en el sueño.